

nocimientos históricos, psicológicos y sociológicos, dan sin embargo importancia á dogmatismos más ó menos jacobinos edificados sobre el pobre caudal de datos de nuestra ordinaria vida y de nuestras mezquinas historias.

MIGUEL DE UNAMUNO

Eco de Bilbao

núm. 10 1-96

domingo 24 diciembre 1893

[Recogido]

A-94

SOBRE EL CULTIVO DEL VASCUENCE.

IV Y ULTIMO.

Un diccionario tal y como lo imaginamos, que sirva de punto de partida á las futuras investigaciones acerca del vascuence y ofrezca á los doctos un texto de información, no puede ser obra individual. Es tarea superior á las fuerzas medias de un hombre el ir recorriendo pueblo por pueblo y valle por valle del país vasco, tanto español como francés, para recoger cuidadosamente el caudal de voces de que se sirven los que hablan vascuence. Nadie desconocerá que si la obra ha de ser lo más completa posible, tiene que ser colectiva la labor de acarreo ó información.

Sería preciso buscar en cada pueblo ó comarca de la Euscalerría (llamamos así al país en que aún se habla el vascuence), personas curiosas que tomaran á su cargo la recolección del caudal léxico del pueblo ó pueblos que se les encomendara.

No sabemos si será una simpleza pretender tal cosa, dadas nuestras costumbres y preocupaciones. Más de una vez, fuera de España, se ha repartido entre ciertas personas cuestionarios en el que se les preguntaban cosas de mero interés científico, el modo como se representaban tal ó cual concepto abstracto ó datos acerca de la marcha de sucesos de su competencia, y se ha obtenido bastante buen éxito. Si en nuestra España se hiciera esto, es seguro que el cándido investigador que acudiera á ese medio, medio de que entre otros se han servido para sus estudios Darwin y Sumner Maine, no recibiría respuestas más que de los patosos que se las echan de ocurrentes y chuscos, cuyo número es en nuestra patria infinito. Los demás se encojerían de hombros diciéndose: «y esto, para qué sirve?» sumiéndose luego en nuestra típica haraganería y en nuestra absoluta indiferencia á lo que se levanta de los intereses cotidianos. Por otra parte, influidos todos, aún los que menos lo parecen, por la creencia implícita de que apenas nacemos se nos pone en posesión de la verdad absoluta y que fuera de ella no vale lo demás un comino, despreciamos los hechos menudos y estamos convencidos de que con ese acumular datos se pierde tiempo. Nos gusta volar por el vacío y no arrastrarnos por la tierra firme.

No sabemos si será simpleza pretender tal labor colectiva como la que aconsejamos, pero una vez puestos á fantasear, acabemos de hacerlo.

Esa labor colectiva habría de reducirse á ciertos principios.

1.º Los coleccionadores de vocablos habrían de recogerlos todos, sin omitir ninguno, y sin desfigurarlos; habrían de ser meros fotógrafos de la realidad, sin meterse á corregir la plana á esta. Dificultad grande, sin duda, hacer comprender esto

donde aún se cree que hay hechos insignificantes y que suceden cosas que no deberían suceder, donde aún se buscan los gigantes en los molinos y donde falta un sentido hondo y sereno de la realidad. Dificultad mucho mayor donde se falsifica lo real y se prostituye la ciencia convirtiéndola en excusa de puerilidades y donde por ridículas derivaciones del sentimiento, se afirman errores á la vez que tonterías tan grandes, como que somos misterio mayor que los demás pueblos. Dejemos esto que es la herencia de aquella leyenda de la torre de Babel con todas las confusiones y líos que ha traído.

2.º Habría que adoptar un sistema de transcripción fonética uniforme para todos los colaboradores, un alfabeto en que á cada sonido de la lengua vasca se le diera su signo, partiendo como base de la ortografía castellana, por ser esta la más usual y conocida, la que menos habría de chocar con los hábitos corrientes, y para evitar á la vez la introducción de caprichos.

3.º Los coleccionadores especificarían la localidad ó localidades donde cada vocablo se usara.

Recogidos los datos quedaría el trabajo de dar unidad á todo ello, de ordenarlo y publicarlo, y también la persona ó personas que de esta labor se encargaran necesitarían sereno espíritu y estar penetrados del carácter de su empeño.

Sería preciso que ante todo y sobre todo se limitara el diccionario á ser un archivo de voces del vascuence, un archivo lo más rico posible. Y aquí surge una primera cuestión. Es evidente que en e vascuence que hoy se habla se han introducido no pocas voces castellanas. Es frecuente oír en boca de aldeanos *caballué* por ejemplo en vez de *saldije* y nadie sostendrá que *caballué* sea vascuence. Pero en cambio no puede negarse que *arimie*, el alma, *izpiritue*, el espíritu ó *borondatie*, la voluntad, no sean vascuence porque esta lengua, tal como se habla, no posee que yo sepa otras voces para expresar esos conceptos, concepto que con la cultura romano-cristiana recibimos de nuestros civilizadores. Esta delimitación de cuales habrían de considerarse voces vascas y cuales nó, admite, según creemos, un criterio. Nos parece que sólo deberían rechazarse aquellos vocablos castellanos, que usan nuestros campesinos al hablar vascuence, sin alterar su fonetismo y disponiendo de sinonismo indígena conocido generalmente, porque si no se conoce este sinónimo ó es poco usado debería incluirse la voz de origen castellano, así como cuando ésta, por la alteración que haya sufrido, sea un dato para el estudio del modo como el vascuence trata á los vocablos extraños al admitirlos en su seno.



A-94

152/49



UNIVERSIDAD SALAMANCA



SIBUE R(1-94)

1-95
(1-96)
Cuvé

70

Otro de los requisitos y el que más hay que recomendar es que el diccionario con que soñamos no fuera etimológico. El estado en que se hallan los estudios sobre el eusquera no permite dar á las investigaciones etimológicas más que un valor muy relativo ni más autoridad que la que les preste la de su autor. La etimología brota casi espontáneamente á los ojos del estudioso cuando se han ordenado y clasificado varios vocablos y se han comparado entre sí las formas que uno mismo reviste en diferentes dialectos. La etimología solo se fundamenta en un enorme caudal de datos y una detenida confrontación de ellos. El papel del verdadero hombre de ciencia es provocar á los hechos para que se expliquen por sí mismos. La etimología es cosa sujeta á continuas rectificaciones, resultado de largas y detenidas rebuscas, y no cuestión de echarse á discurrir y hacer gala del ingenio y agudeza. El estudio de la etimología en una lengua demanda el conocimiento de otras y una sólida cultura filológica. En el vascuence el trabajo de etimología es casi nulo y no porque no se haya escrito mucho sobre esto desde Larramendi acá, sino porque el primer cuidado habría de ser destruir lo hecho en este respecto.

Por vía de comparación podemos decir que entre los mil y un disparates que han dado forma al último Diccionario de la Academia Española los más disparatados son sus etimologías. Estas acusan en quien las inventó, ó quienes las inventaron, una ignorancia profunda, crasa, casi invencible al parecer, respecto á la filología románica. Su autor ó autores ni siquiera conoce los trabajos de Diez (que es lo más que se puede decir) y no tiene ni sentido científico, ni conocimiento de la fonética hispano-latina, ni le sobra sentido comun. Pero no nos salgamos de nuestro propósito y demos fin á estos artículos para poder pasar á cosas de más miga y mayor trascendencia.

Pero antes de concluir nos resta lo más importante. ¿Qué persona ó personas, qué sociedad ó institución, formada ó por formar, podrá tomar la iniciativa en la confección del gran diccionario vasco? Donde se ofrecen premios á los inventores de terminachos ¿no se ofrecerán á los rebuscadores de la realidad?

Mas dejemos esto, porque tratándose como se trata de una utopía, de una proposición que no ha servido de excusa para varias consideraciones, es perder el tiempo llevarla más lejos. Corren además muy malos vientos para la mera especulación científica, para la contemplación serena de la realidad. Se toma al vascuence como bandera de guerra y no como un fenómeno histórico, un fenómeno como otro cualquiera. Por otra parte hay no pocos que gozan en envolvernos en el misterio y sufrirían con que se hiciera luz en este punto. Lo quieren es seguir repitiendo todo eso de que somos una excepción y una cosa aparte, figurándose sin duda que se sabe muy bien de donde vienen y quienes son los demás pueblos que nos rodean, y les basta con esa idea de raza, fuente de errores sin cuento, que corre por los manualetes. Porque lo que pasa es una cosa y es que aquí donde tanto se habla de raza vasca y se toman como fuentes etnográficas las historias ordinarias se empieza por ignorar lo que es *raza* y por no tener concepto claro de

ella ni idea de como ha variado por completo la posición del problema que á ellas se refiere. En fin, allá se lo coman con su torre de Babel.

MIGUEL DE UNAMUNO

Eco de Bilbao

num. 11

Domingo, 31 de Diciembre 1893

1.52/50

1-95

ALGO ACERCA DEL ANARQUISMO.

Uno de los más útiles empeños es estar repitiendo á cada momento los principios y máximas que de puro sabidos se olvidan; mejor dicho, que pasan por los espíritus como idea fría sin tomar carne en ellos, carne que palpita y sufra cuando se la hiere.

Uno de estos principios es que de nada sirve reprimir los síntomas de una enfermedad sino se combate á esta en su raíz, que cortado un tumor surge otro ó complicaciones graves, cuando hay una causa interna, un vicio de constitución generador de ellos.

Pero este principio, universalmente admitido, lo olvidan hoy los que piden guerra á muerte á los anarquistas y no vuelven su mirada á nuestra sociedad infestada de anarquismo de alto á bajo, y no interrogan su propia conciencia en la cual, como en la de todos los que somos productos del actual estado social, el anarquismo tiene sentimientos y conceptos.

Se presta á mil reflexiones el hecho de que se indignen de los procedimientos de los anarquistas revolucionarios, comerciantes, contrabandistas, propietarios, ocultadores de riquezas y estafadores que falsifican opiniones ó actas electorales. Aun hay más y es que no faltan casuistas que sostienen, verbi-gracia, que el contrabando es lícito moralmente y piadosos varones que se agarran á su dictamen.

Guerra á muerte se pide contra el anarquismo agudo y localizado y entre tanto se fomenta el crónico y difuso por todo nuestro cuerpo social

Los primeros anarquistas son los que mandan, desde el más alto al más bajo, desde el presidente del Consejo de ministros hasta el último alcalde de monterilla.

Sobrecoge el derramamiento de sangre y la muerte violenta, y casi todos aceptamos resignados, como mal necesario, el empobrecimiento gradual y sistemático de aquella y la muerte social por anemia.

La pereza, madre no solo de todos los vicios sino de todos los males sociales, la pereza, crema y flor del egoísmo, domina á las masas y más que á nadie á los hombres que se creen y son tenidos por honrados porque no hacen mal positivamente, pero que negativamente, con esa estúpida mansedumbre proverbial en el bueno por exclusión de instintos dañinos, ayudan al entronizamiento de la anarquía.

DAD
NCA
(Cuvé)